

VI. EL REPARTO DEL MUNDO ENTRE LAS GRANDES POTENCIAS

El geógrafo A. Supan, en su libro *La expansión territorial de las colonias europeas*⁷⁵, nos ofrece el siguiente resumen de dicha expansión a finales del siglo XIX:

Porcentaje de territorio perteneciente a las potencias coloniales europeas y a Estados Unidos

	1876	1900	Aumento
África	10,8%	90,4%	79,6%
Polinesia	56,8%	98,9%	42,1%
Asia	51,5%	56,6%	5,1%
Australia	100%	100%	—
América	27,5%	27,2%	- 0,3%

“El rasgo característico de este período —concluye el autor— es, por tanto, el reparto de África y Polinesia”. Dado que ni en Asia ni en América hay tierras no ocupadas, o sea, que no pertenezcan a ningún Estado, hay que ampliar la conclusión de Supan y decir que el rasgo característico del período que nos ocupa es el reparto definitivo del planeta, definitivo no en el sentido de que sea imposible *repartirlo de nuevo* —al contrario, nuevos repartos son posibles e inevitables—, sino en el sentido de que la política colonial de los países capitalistas *ha completado* la conquista de todas las tierras no ocupadas de nuestro planeta. Por primera vez, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que en el futuro *solamente* caben nuevos repartos, es decir, el cambio de “propietario” de un territorio, y no el paso de un territorio sin dueño a un “propietario”.

Por tanto, vivimos en una época peculiar de la política colonial mundial, la cual está más estrechamente vinculada con la “fase contemporánea del desarrollo del capitalismo”, con el capital financiero. Por eso es necesario examinar cuidadosamente los datos, para así formarnos una idea lo más precisa posible de qué distingue esta época de las precedentes, así como de la situación actual. En primer lugar surgen dos cuestiones concretas: ¿Se observa una intensificación de la política colonial, una exacerbación de la lucha por las colonias, precisamente en la época del capital financiero? ¿Cómo está repartido el mundo actualmente desde este punto de vista?

En su libro sobre la historia de la colonización⁷⁶, el escritor estadounidense Morris intenta reunir los datos sobre la extensión de las posesiones coloniales de Gran Bretaña, Francia y Alemania en los distintos períodos del siglo XIX. Estos son, expuestos brevemente, los resultados por él obtenidos:

Posesiones coloniales

Gran Bretaña	Francia	Alemania
--------------	---------	----------

Años	Superficie (en millones de millas cuadradas)	Población	Superficie (en millones de millas cuadradas)	Población	Superficie (en millones de millas cuadradas)	Población
1815-1830	?	126,4	0,02	0,5	—	—
1860	2,5	145,1	0,2	3,4	—	—
1880	7,7	267,9	0,7	7,5	—	—
1899	9,3	309,0	3,7	56,4	1,0	14,7

En el caso de Gran Bretaña, el período de gran expansión de sus conquistas coloniales va de 1860 a 1880, y también es muy considerable en los últimos veinte años del siglo XIX. Para Francia y Alemania, son precisamente estos veinte años. Hemos visto más arriba que el período de desarrollo del capitalismo premonopolista —el capitalismo donde predominaba la libre competencia— llegó a su límite en las décadas de 1860 y 1870. Ahora vemos que es *justamente después de este período* cuando comienza el enorme “auge” de las conquistas coloniales, cuando la lucha por el reparto territorial del mundo se convierte en muy aguda. Por tanto, no cabe duda de que la entrada del capitalismo en su fase monopolista, de capital financiero, *está relacionada* con la intensificación de la lucha por el reparto del mundo.

En su obra sobre el imperialismo, Hobson destaca los años entre 1884 y 1900 como un período de intensa “expansión” de los principales estados europeos. Según sus cálculos, durante esos años Gran Bretaña se hizo con 3.700.000 millas cuadradas con una población de 57 millones de habitantes; Francia, 3.600.000 millas cuadradas con 36,5 millones de habitantes; Alemania, 1.000.000 de millas cuadradas con 14,7 millones de habitantes; Bélgica, 900.000 millas cuadradas con 30 millones de habitantes; Portugal, 800.000 millas cuadradas con 9 millones de habitantes. La carrera por las colonias a finales del siglo XIX, particularmente desde la década de los 80, por parte de todos los estados capitalistas es un hecho sobradamente conocido de la historia de la diplomacia y la política exterior.

En la época más floreciente de la libre competencia en Gran Bretaña, entre 1840 y 1860, los dirigentes políticos burgueses británicos se *oponían* a la política colonial y opinaban que la emancipación de las colonias, su completa separación de Gran Bretaña, era inevitable y deseable. En el artículo⁷⁷ de 1898 sobre el “imperialismo inglés contemporáneo”, M. Beer indica que, en 1852, un estadista británico como Disraeli, tan inclinado en general al imperialismo, decía que “las colonias son ruedas de molino atadas a nuestro cuello”. ¡Pero a finales del siglo XIX los héroes del día en Gran Bretaña eran Cecil Rhodes y Joseph Chamberlain, que predicaban abiertamente el imperialismo y aplicaban una política imperialista con el mayor cinismo!

No carece de interés señalar que, incluso entonces, esos dirigentes políticos burgueses británicos veían clara la conexión entre las raíces puramente económicas, por decirlo así, del imperialismo moderno y sus raíces sociopolíticas. Chamberlain propugnaba el imperialismo como una “política justa, prudente y económica”, señalando sobre todo la competencia con que tropezaba Gran Bretaña en el mercado mundial por parte de Alemania, Estados Unidos y Bélgica. La salvación está en el monopolio, decían los capitalistas al fundar cárteles, consorcios y trusts. La salvación está en el monopolio, repetían los dirigentes políticos de la burguesía, apurándose a apropiarse de las partes del mundo todavía no repartidas. El periodista Stead, íntimo amigo de Cecil Rhodes, cuenta que éste le dijo en 1895, a propósito de sus ideas imperialistas: “Ayer estuve en el East End londinense [un barrio de clase obrera] y acudí a una asamblea de parados. Escuché discursos desafortunados cuya nota dominante era ‘¡pan!, ¡pan!’ y, pensando sobre ello al volver a casa, me convencí más que nunca de la importancia del imperialismo (...) La idea que acaricio es la solución al problema social: para salvar a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido de una mortífera guerra civil, nosotros, los políticos colonialistas, debemos

apoderarnos de nuevos territorios en los que asentar el exceso de población y que constituyan nuevos mercados para los productos de nuestras fábricas y minas. El imperio, como siempre he dicho, es una cuestión de pan. Si quieres evitar la guerra civil, debes convertirte en imperialista”.⁷⁸

Así hablaba en 1895 Cecil Rhodes, millonario, rey de las finanzas y principal responsable de la guerra anglo-bóer. Su defensa del imperialismo es ruda y cínica, pero, en el fondo, no difiere de la “teoría” defendida por los señores Máslov, Südekum, Potréssov, David, por el fundador del marxismo ruso,⁷⁹ etc., etc. Cecil Rhodes era un socialchovinista algo más honesto...

Para dar un panorama lo más exacto posible del reparto territorial del globo y de los cambios habidos en este aspecto durante las últimas décadas, utilizaremos los datos aportados por Supan, en la obra mencionada, sobre las posesiones coloniales de todas las potencias mundiales. Este autor compara los años 1876 y 1900; nosotros tomaremos los años 1876 —muy adecuado, dado que puede considerarse que en torno a esa fecha se completa el desarrollo de la fase premonopolista del capitalismo en Europa Occidental— y 1914, sustituyendo los datos de Supan por los más recientes de las *Tablas geográfico-estadísticas* de Hübner. Supan da sólo datos de las colonias; nosotros creemos útil, para presentar un panorama completo del reparto del mundo, añadir unos breves datos de países no coloniales y de semicolonias, entre las cuales incluimos a Persia, China y Turquía: el primero de estos países ya es casi del todo una colonia; el segundo y el tercero están convirtiéndose en tales.

El resultado es el siguiente:

Posesiones coloniales de las grandes potencias (en millones de kilómetros cuadrados y de habitantes)

	Colonias				Metrópolis		Total	
	1876		1876	1914	1914		1914	
	Km ²	Habit.	Km ²	Habit.	Km ²	Habit.	Km ²	Habit.
Gran Bretaña	22,5	251,9	33,5	393,5	0,3	46,5	33,8	440,0
Rusia	17,0	15,9	17,4	33,2	5,4	136,2	22,8	169,4
Francia	0,9	6,0	10,6	55,5	0,5	39,6	11,1	95,1
Alemania	—	—	2,9	12,3	0,5	64,9	3,4	77,2
Estados Unidos	—	—	0,3	9,7	9,4	97,0	9,7	106,7
Japón	—	—	0,3	19,2	0,4	53,0	0,7	72,2
<i>Total de las 6 grandes potencias</i>	40,4	273,8	65,0	523,4	16,5	437,2	81,5	960,6
Colonias de las demás potencias (Bélgica, Holanda...)							9,9	45,3
Semicolonias (Persia, China, Turquía)							14,5	361,2
Países restantes							28,0	289,9
<i>Todo el planeta</i>							133,9	1.657,0

⁷⁹ *Piotr Máslov*: Economista menchevique. || *Alexander Potréssov*: Menchevique, aunque en realidad era un liberal burgués. || *Albert Südekum* y *Eduard David*: Dirigentes reformistas de la socialdemocracia alemana. || El fundador del marxismo ruso fue Plejánov (ver nota “V”). (N. del T.).

Se ve claramente cómo a caballo entre los siglos XIX y XX el reparto del mundo era “completo”. Después de 1876, las posesiones coloniales se expandieron enormemente, más del 50%, de 40 a 65 millones de kilómetros cuadrados, para las seis potencias más grandes; la expansión territorial alcanzó los 25 millones de kilómetros cuadrados, un 50% más que la superficie de las metrópolis (16,5 millones). En 1876, tres de esas potencias no poseían colonias y la cuarta, Francia, casi no las tenía. En 1914, esas cuatro potencias se habían hecho con una superficie de 14,1 millones de kilómetros cuadrados, es decir, aproximadamente un 50% más que la superficie de Europa, y una población de casi 100 millones de habitantes. La desigualdad en la expansión colonial es muy grande. Por ejemplo, comparando Francia, Alemania y Japón, que no difieren mucho en superficie y número de habitantes, resulta que Francia se ha hecho con casi tres veces más superficie que los otros dos países juntos. Pero, considerando el capital financiero, a principios del período tomado Francia quizás era también varias veces más rica que Alemania y Japón juntos. Pero las dimensiones de las posesiones coloniales no dependen sólo de las condiciones puramente económicas, también influyen las geográficas y otras. Por vigoroso que pueda haber sido durante las últimas décadas el proceso de nivelación del mundo —la igualación de las condiciones económicas y de vida de los distintos países como resultado de la presión de la gran industria, el intercambio y el capital financiero— todavía persisten notables diferencias; y entre los seis países mencionados encontramos, por una parte, países capitalistas jóvenes (Estados Unidos, Alemania y Japón) que han progresado con una rapidez extraordinaria; por otra parte, países capitalistas viejos (Francia e Gran Bretaña), cuyo progreso en los últimos años fue mucho más lento que el de los tres anteriores; y en tercer lugar, el país más atrasado desde el punto de vista económico (Rusia), donde el imperialismo capitalista moderno está enmarañado, por así decirlo, en una red particularmente densa de relaciones precapitalistas.

Junto a las posesiones coloniales de las grandes potencias hemos colocado las colonias menos importantes de los estados pequeños, que son, por así decirlo, el siguiente objetivo de un posible y probable “nuevo reparto” colonial. La mayoría de esos estados pequeños retienen sus colonias solamente porque las grandes potencias están divididas entre sí por intereses contrapuestos, fricciones, etc., que les impiden llegar a un acuerdo para repartirse el botín. En cuanto a los estados “semicoloniales”, nos proporcionan un ejemplo de las formas transitorias que nos encontramos en todas las esferas de la naturaleza y la sociedad. El capital financiero es una fuerza tan considerable, puede decirse tan decisiva, en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de someter, y realmente somete, incluso a los Estados que disfrutaban de la más completa independencia política, como pronto veremos. Por supuesto, el capital financiero encuentra mucho más “conveniente” y ventajosa una *forma* de dominación que implique la pérdida de la independencia política de los países y los pueblos sometidos. A este respecto, los países semicoloniales son un buen ejemplo de “fase intermedia”. Es natural, por tanto, que la lucha por esos países semidependientes haya llegado a ser particularmente cruda en la época del capital financiero, cuando el resto del mundo ya está repartido.

La política colonial y el imperialismo ya existían antes de la fase contemporánea del capitalismo e incluso antes del capitalismo. Roma, basada en la esclavitud, mantuvo una política colonial y practicó el imperialismo. Pero los análisis “generales” sobre el imperialismo que olvidan o ponen en segundo plano la diferencia esencial entre las formaciones socioeconómicas se convierten inevitablemente en trivialidades huecas o en fanfarronerías, como la de comparar “la gran Roma con la Gran Bretaña”.⁷⁹ Incluso la política colonial capitalista de las fases *previas* del capitalismo es esencialmente diferente de la política colonial del capital financiero.

El principal rasgo de la fase contemporánea del capitalismo es el dominio de las asociaciones monopolistas de los grandes empresarios. Estos monopolios adquieren la máxima robustez cuando se apoderan de *todas* las fuentes de materias primas, y ya hemos visto el celo que ponen las asociaciones internacionales de capitalistas para privar a sus rivales de cualquier posibilidad de competir, por ejemplo comprando las tierras que contienen mineral de hierro, los yacimientos

petrolíferos, etc. La posesión de colonias es lo único que le garantiza el éxito completo al monopolio en su pugna con los competidores, incluso en el caso de que éste quiera protegerse mediante una ley que establezca un monopolio del Estado. Cuanto más desarrollado está el capitalismo, cuanto más se hace sentir la escasez de materias primas, cuanto más cruda es la competencia y la búsqueda de fuentes de materias primas en todo el mundo, más encarnizada es la lucha por la posesión de colonias.

“Hasta se podría decir —escribe Schilder—, aunque a algunos les pueda resultar paradójico, que el crecimiento de la población urbana e industrial en un futuro más o menos próximo puede verse más dificultado por la falta de materias primas para la industria, que por la falta de alimentos”. Por ejemplo, hay una creciente escasez de madera, cuyo precio sube cada vez más, de cuero y de materias primas para la industria textil. “Las asociaciones de industriales hacen esfuerzos para crear un equilibrio entre la agricultura y la industria en toda la economía mundial; como ejemplo podríamos citar la unión internacional de asociaciones de fabricantes de hilados de algodón en varios de los países industriales más importantes, fundada en 1904, y la asociación europea de fabricantes de hilados de lino, formada en 1910 a imagen de la anterior”.⁸⁰

Por supuesto, los reformistas burgueses, y entre ellos los actuales kautskianos particularmente, tratan de minimizar la importancia de esa clase de hechos arguyendo que las materias primas “podrían” obtenerse en el mercado libre sin necesidad de una política colonial “costosa y peligrosa”, que la oferta de materias primas “podría” incrementarse enormemente con la “simple” mejora de la agricultura en general. Pero tales argumentos se convierten en una apología del imperialismo, un intento de pintarlo de color de rosa, porque se olvidan del rasgo fundamental del capitalismo contemporáneo: los monopolios. El libre mercado es cada vez más algo del pasado; los consorcios y trusts monopolistas lo restringen día a día, y la “simple” mejora de las condiciones de la agricultura se traduce en la mejora de la situación de las masas, la subida de los salarios y la disminución de los beneficios. ¿Dónde, excepto en la imaginación de los reformistas sentimentales, hay trusts cuya preocupación sea la situación de las masas, en vez de la conquista de colonias?

El capital financiero no sólo está interesado en las fuentes de materias primas ya descubiertas, sino también en las potenciales, pues el avance técnico es hoy extremadamente rápido y las tierras hoy inservibles pueden mañana convertirse en útiles si se descubren nuevos métodos (a cuyo fin un gran banco puede equipar una expedición especial de ingenieros, técnicos agrónomos, etc.) y si se invierten importantes cantidades de capital. Lo mismo puede decirse de la prospección de yacimientos minerales, los nuevos métodos de procesamiento, elaboración y utilización de materias primas, etc., etc. De ahí la tendencia inevitable del capital financiero a extender su territorio económico, e incluso su territorio en un sentido general. De igual forma que los trusts capitalizan sus activos duplicando o triplicando su valor estimado, al tener en cuenta los beneficios “potenciales” futuros (y no los beneficios presentes) y los ulteriores resultados del monopolio, el capital financiero, pensando en las fuentes potenciales de materias primas y temeroso de quedarse rezagado en la fiera lucha por las últimas tierras no repartidas o por conseguir un nuevo reparto de las ya repartidas, se esfuerza generalmente en apoderarse de las mayores extensiones posibles de toda clase de tierras, estén donde estén y sirviéndose de cualquier medio.

Los capitalistas británicos se afanan en desarrollar el cultivo del algodón en su colonia, Egipto (en 1904, de los 2.300.000 hectáreas de tierra cultivada, 600.000, más de la cuarta parte, se dedicaban ya al algodón); los rusos hacen lo mismo en la *suya*, el Turquestán. Así están en mejor posición para derrotar a sus competidores foráneos, monopolizar las fuentes de materias primas y formar un trust textil más económico y rentable que “combine” y concentre en las manos de un solo grupo de propietarios *todos* los procesos de la producción y el procesamiento del algodón.

Los intereses de la exportación de capitales también impulsan a la conquista de colonias, pues en el mercado colonial es más fácil (y a veces sólo es posible en él) recurrir a métodos monopolistas,

para eliminar competidores, asegurarse suministros, salvaguardar las necesarias “relaciones”, etc.

La superestructura extraeconómica que surge sobre la base del capital financiero, la política e ideología de éste, estimula la tendencia a las conquistas coloniales. “El capital financiero no quiere la libertad, sino la dominación”, dice con mucha razón Hilferding. Y un escritor burgués de Francia, desarrollando y completando las ideas de Cecil Rhodes citadas más arriba, afirma que a las causas de orden económico de la política colonial moderna hay que añadirles las causas de orden social: “Debido a las crecientes complicaciones de la vida, que no sólo afectan a las masas obreras, sino también a las clases medias, en todos los países de vieja civilización se están acumulando ‘impaciencias, irritaciones y odios que amenazan la paz pública; las energías que amenazan con desbordar su cauce de clase deben ser empleadas fuera del país, para evitar una explosión interior’”.⁸¹

Desde el momento en que se habla de la política colonial en la época del imperialismo capitalista, es necesario señalar que el capital financiero y la política internacional que conforma, que se reduce a la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y político del mundo, dan lugar a diversas formas *transitorias* de dependencia estatal. Esta época no sólo se caracteriza por la existencia de dos grandes grupos de países (los colonizadores y los colonizados), sino también por las formas variadas de países dependientes que, aunque gozan formalmente de independencia política, en la práctica están atrapados en las redes de la dependencia financiera y diplomática. Ya nos hemos referido antes a una de estas formas, la semicolonía. Un ejemplo de otra es Argentina.

“América del Sur, sobre todo Argentina —dice Schulze-Gaevernitz en su obra sobre el imperialismo británico—, es tan dependiente financieramente de Londres, que casi debe ser considerada como una colonia comercial inglesa”.⁸² Basándose en los informes de 1909 del cónsul austro-húngaro en Buenos Aires, Schilder calcula que el capital británico invertido en Argentina ascendía a 8.750 millones de francos. No es difícil imaginar los sólidos lazos que esto asegura entre el capital financiero británico —y su fiel “amigo”, la diplomacia— y la burguesía argentina, los círculos dominantes de toda su vida económica y política.

Una forma un poco distinta de dependencia financiera y diplomática, acompañada de independencia política, lo tenemos en Portugal. Aunque un Estado independiente, soberano, Portugal en realidad lleva más de doscientos años, desde la guerra de Sucesión española (1701-1714), bajo protectorado británico. Gran Bretaña lo defendió, y defendió las posesiones coloniales portuguesas, para reforzar sus propias posiciones en la pugna con sus rivales: España y Francia. A cambio, Gran Bretaña obtuvo ventajas comerciales y mejores condiciones para la exportación de mercancías, sobre todo para la exportación de capitales a Portugal y sus colonias, pudo utilizar los puertos y las islas de Portugal, sus cables telegráficos, etc., etc.⁸³ Relaciones de esta clase entre grandes y pequeños Estados han existido siempre, pero en la época del imperialismo capitalista se convierten en un sistema general, forman parte, como un elemento más, del conjunto de relaciones que rigen el “reparto del mundo”, se convierten en eslabones de la cadena de operaciones del capital financiero mundial.

Para terminar con lo relativo al reparto del mundo, debemos señalar una observación más. No sólo las publicaciones estadounidenses, tras la guerra hispano-americana, y las inglesas, tras la guerra anglo-bóer, plantearon de manera muy clara y definida el tema de la división del mundo a finales del siglo XIX y principios del XX; no sólo las publicaciones alemanas, que han vigilado con el “mayor celo” el desarrollo del “imperialismo británico”, han evaluado sistemáticamente este hecho. También las publicaciones burguesas de Francia han planteado la cuestión de un modo suficientemente claro y amplio, en la medida que esto es posible desde el punto de vista burgués. Ahí tenemos al historiador Driault, autor de *Problemas políticos y sociales de finales del siglo XIX*, quien dice lo siguiente en el capítulo sobre las grandes potencias y el reparto del mundo: “En estos últimos años, todos los territorios libres del globo, a excepción de China, han sido ocupados por las potencias europeas o por Estados Unidos. Esto ya ha provocado varios

conflictos y desplazamientos de áreas de influencia, precursores de trastornos más terribles en un futuro próximo. Porque hay que apresurarse: las naciones que no se han provisto corren el riesgo de no estarlo nunca y de no tomar parte en la explotación gigantesca del globo, que será uno de los rasgos más esenciales del próximo siglo [o sea, del siglo XX]. Por esto, toda Europa y Estados Unidos han sido afligidos recientemente por la fiebre de la expansión colonial, del ‘imperialismo’, que es el rasgo más notable de finales del siglo XIX”. Y el autor añade: “En este reparto del mundo, en esta furiosa carrera en pos de los tesoros y los grandes mercados del planeta, la fuerza relativa de los imperios creados en este siglo XIX no guarda proporción alguna con el puesto que ocupan en Europa las naciones que los han levantado. Las potencias dominantes en Europa, los árbitros de sus destinos, *no* predominan igualmente en el mundo. Y como el poder colonial, esperanza de controlar riquezas aún no calculadas, evidentemente repercutirá en la importancia relativa de los Estados europeos, la cuestión colonial —el ‘imperialismo’, si se quiere—, que ya ha modificado las condiciones políticas de la propia Europa, las seguirá modificando más y más”.⁸⁴

VII. EL IMPERIALISMO, FASE PARTICULAR DEL CAPITALISMO

Intentaremos ahora hacer un balance, resumir lo dicho más arriba sobre el imperialismo. El imperialismo surgió como desarrollo y continuación directa de las características fundamentales del capitalismo en general. Pero el capitalismo solamente se convirtió en imperialismo capitalista cuando su desarrollo alcanzó un grado muy alto, cuando algunos de los rasgos fundamentales del capitalismo comenzaron a convertirse en su contrario, cuando tomaron forma y se revelaron las características de la época de transición del capitalismo a un sistema económico y social más elevado. Desde una perspectiva económica, lo esencial de este proceso es la sustitución de la libre competencia capitalista por el monopolio capitalista. La libre competencia es el rasgo fundamental del capitalismo y de la producción mercantil en general; el monopolio es exactamente lo opuesto a la libre competencia, pero vemos cómo ésta va transformándose ante nuestros ojos en monopolio, creando la gran producción y desplazando a la pequeña, reemplazando la gran producción por otra todavía mayor y concentrando la producción y el capital hasta tal punto, que de su seno ha surgido y surge el monopolio: los cárteles, los consorcios, los trusts y, fusionándose con ellos, el capital de alrededor de una docena de bancos que manejan miles de millones. Y al mismo tiempo, los monopolios, que surgen de la libre competencia, no la eliminan, sino que existen por encima y al lado de ella, engendrando así contradicciones, fricciones y conflictos agudos e intensos. El monopolio es la transición del capitalismo a un sistema superior.

Si fuese necesario definir el imperialismo lo más brevemente posible, deberíamos decir que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo. Tal definición incluiría lo más importante, pues, por un lado, el capital financiero es el capital bancario de unos pocos grandes bancos monopolistas fundido con el capital de las asociaciones industriales monopolistas y, por otro, el reparto del mundo es la transición de una política colonial que se extiende sin obstáculos a territorios que ninguna potencia capitalista se apropió todavía, a una política colonial de posesión monopolista de un planeta ya completamente repartido.

Pero las definiciones excesivamente breves, aunque convenientes dado que recogen lo esencial, son insuficientes si se quieren deducir otros rasgos muy importantes del fenómeno a definir. Por eso, sin olvidar el valor condicional y relativo de las definiciones generales, que jamás pueden abarcar todas las facetas y relaciones de un fenómeno en su desarrollo completo, conviene dar una definición del imperialismo que incluya los siguientes cinco rasgos básicos: 1) la concentración de la producción y del capital ha alcanzado un punto tan elevado de desarrollo, que ha creado los monopolios, decisivos en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la formación, sobre la base de este “capital financiero”, de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia excepcional; 4) la formación de asociaciones capitalistas monopolistas internacionales, que se reparten el mundo; y 5) la culminación del reparto territorial del mundo entre las grandes potencias capitalistas. El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que se ha implantado el dominio de los monopolios y del capital financiero, en que la exportación de capital ha adquirido gran relevancia, en que los trusts internacionales han empezado a repartirse el mundo y en que ha terminado el reparto del planeta entre las grandes potencias capitalistas.

Más adelante veremos cómo el imperialismo se puede y se debe definir de otro modo, si además de

tener en cuenta los conceptos puramente económicos, básicos —a los cuales se limita la definición dada—, tenemos también en cuenta el lugar histórico de esta fase del capitalismo con respecto al capitalismo en general o la relación entre el imperialismo y las dos corrientes fundamentales del movimiento obrero. Lo que ahora hay que señalar es que, interpretado en dicho sentido, el imperialismo representa sin duda una fase particular del desarrollo del capitalismo. Para que el lector pueda formarse una idea del imperialismo lo más fundamentada posible, hemos procurado deliberadamente citar el mayor número posible de opiniones de economistas *burgueses*, que han tenido que admitir hechos particularmente incontrovertibles de la economía capitalista moderna. Con el mismo propósito hemos reproducido datos estadísticos detallados que permiten ver hasta qué grado ha crecido el capital bancario, etc., qué expresión concreta ha tenido la transformación de la cantidad en calidad, la transformación del capitalismo desarrollado en imperialismo. Por supuesto, no hace falta decir que todos los límites, tanto en la naturaleza como en la sociedad, son convencionales y cambiables, que sería absurdo discutir, por ejemplo, sobre el año o la década concretos en que el imperialismo quedó “definitivamente” establecido.

Pero sobre la definición del imperialismo nos vemos obligados, sin embargo, a polemizar con K. Kautsky, el principal teórico marxista de la época de la llamada Segunda Internacional, es decir, de los veinticinco años entre 1889 y 1914.^{KK} Las ideas fundamentales expresadas en nuestra definición del imperialismo fueron vigorosamente atacadas por Kautsky en 1915, e incluso en noviembre de 1914, cuando afirmó que por imperialismo no hay que entender una “fase” o un estado de la economía, sino una política, la política “preferida” por el capital financiero; que no se puede “identificar” el imperialismo con el “capitalismo de nuestros días”; que si por imperialismo se entienden “todos los fenómenos del capitalismo actual” —cárteles, proteccionismo, dominio de los financieros y política colonial—, entonces la cuestión de si el imperialismo es necesario para el capitalismo se convierte en “la tautología^{LL} más simplista”, puesto que entonces “el imperialismo es naturalmente una necesidad vital para el capitalismo”, etc. La mejor manera de expresar el pensamiento de Kautsky es citar su definición del imperialismo, diametralmente opuesta a la esencia de las ideas expuestas por nosotros (pues las objeciones de los marxistas alemanes, quienes desde hace años vienen defendiendo ideas semejantes, son ya conocidas desde hace mucho tiempo por Kautsky como objeciones de una corriente determinada del marxismo).

La definición de Kautsky dice así:

“El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación capitalista industrial a someter o anexionarse cada vez más regiones *agrarias* [el subrayado es de Kautsky], sin tener en cuenta a las naciones que las habitan”.⁸⁵

Esta definición no sirve para absolutamente nada porque es unilateral, es decir, destaca arbitrariamente sólo la cuestión nacional (cuya importancia es enorme, tanto en sí misma como en su relación con el imperialismo), conectándola arbitraria y *erróneamente sólo* con el capital industrial de los países que se anexionan otras naciones, colocando en primer término, de la misma forma arbitraria y errónea, la anexión de las regiones agrarias.

El imperialismo es una tendencia a las anexiones: a esto queda reducida la parte *política* de la definición de Kautsky. Es correcta, pero muy incompleta, puesto que políticamente el imperialismo tiende, en general, a la violencia y la reacción. Pero lo que nos interesa aquí es el aspecto *económico* que el *propio* Kautsky introdujo en su definición. Las inexactitudes de la definición de Kautsky saltan a la vista. Lo característico del imperialismo *no* es el capital industrial, *sino* el capital financiero. No es casualidad que precisamente el desarrollo particularmente rápido del

^{KK} El primero es el año de la fundación de la Segunda Internacional y el segundo, el de la total claudicación política de sus dirigentes ante la burguesía. (N. del T.).

^{LL} La tautología consiste en repetir una misma idea de distintas formas. (N. del T.).

capital *financiero* en Francia, que coincidió con el debilitamiento del capital industrial, provocara, a partir de la década de los años 80 del siglo pasado, una intensificación extrema de la política anexionista (colonial). El rasgo característico del imperialismo es precisamente su tendencia a la anexión *no sólo* de territorios agrarios, sino incluso de las regiones más industrializadas (apetitos alemanes respecto a Bélgica, apetito francés por Lorena^{MM}), porque, en primer lugar, dado que el reparto del globo ya está finalizado, un *nuevo reparto* obliga a echarle la mano a *toda clase* de territorios; en segundo lugar, es consustancial al imperialismo la rivalidad entre varias grandes potencias por hacerse con la hegemonía, es decir, para apoderarse de territorios, no tanto directamente para ellas mismas, sino para debilitar al adversario y minar *su* hegemonía (para Alemania, Bélgica tiene una importancia especial como base para sus operaciones contra Gran Bretaña; para Gran Bretaña, la tiene Bagdad para sus operaciones contra Alemania, etc.).

Kautsky se refiere en especial —y repetidamente— a autores ingleses, quienes, dice, le han dado una significación puramente política al término “imperialismo” tal como él la entiende. En *El imperialismo* de Hobson, publicado en 1902, leemos:

“El nuevo imperialismo se diferencia del viejo, primero, en que sustituye la ambición de un solo imperio en expansión por la teoría y la práctica de imperios competidores con idéntica ambición de expansión política y ganancia comercial; segundo, en la prevalencia de los intereses financieros o relacionados con la inversión de capital sobre los comerciales”.⁸⁶

Vemos que Kautsky se equivoca al remitirse a los autores ingleses en general (en los únicos en que podría apoyarse sería en los imperialistas ingleses vulgares o en los apologistas declarados del imperialismo). Vemos que Kautsky, que pretende continuar defendiendo el marxismo, en realidad da un paso atrás respecto al *social-liberal* Hobson, quien es *más preciso* que él en lo tocante a dos particularidades “históricas concretas” (¡la definición de Kautsky es una burla a la concreción histórica!) del imperialismo moderno: 1) competencia entre *varios* imperialismos; y 2) el dominio del financiero sobre el comerciante. Si la cuestión es principalmente que los países industriales se apoderan de países agrarios, entonces el papel del comerciante es de primer orden.

La definición de Kautsky no es solamente errónea y no marxista; cimienta todo un sistema de concepciones que significan una ruptura en toda regla con la teoría y la práctica marxistas. Lo abordaremos más adelante. El debate que promueve Kautsky —sobre si la fase actual del capitalismo debe ser llamada imperialismo o fase del capital financiero— carece totalmente de sentido. Llamadlo como os plazca, es indiferente. Lo esencial es que Kautsky separa la política del imperialismo de su economía, hablando de las anexiones como la política “preferida” por el capital financiero, a la que opone otra política burguesa presuntamente posible, según él, sobre la misma base del capital financiero. Resulta, entonces, que los monopolios en la economía son compatibles con un comportamiento no monopolista, no violento y no anexionista en la política. Resulta que el reparto territorial del mundo, terminado precisamente en la época del capital financiero y que es la base de lo peculiar de las formas actuales de rivalidad entre los más grandes Estados capitalistas, es compatible con una política no imperialista. El resultado es que, en vez de poner al descubierto en toda su profundidad las más hondas contradicciones de la fase actual del capitalismo, se disimulan y ocultan; el resultado es reformismo burgués en lugar de marxismo.

Kautsky polemiza con Cunow, apologista alemán del imperialismo y las anexiones, quien de un modo burdo y cínico argumenta que el imperialismo es el capitalismo moderno; por tanto, el desarrollo del capitalismo es inevitable y progresista; por tanto, el imperialismo es progresista; por tanto, ¡hay que arrastrarse ante el imperialismo y glorificarlo! Este razonamiento se parece a la caricatura de los marxistas rusos que los populistas^{NN} hacían por los años 1894-1895: si los

^{MM} Región del noreste francés cuya posesión, junto con la vecina Alsacia, fue disputada repetidamente por Francia y Alemania en los siglos XIX y XX. (N. del T.).

^{NN} Predecesores del partido eserista (ver nota “L”). (N. del T.).

marxistas consideran que el capitalismo es inevitable en Rusia y progresista, venían a decir, deben dedicarse a abrir tabernas para fomentar su implantación. Kautsky responde a Cunow: el imperialismo no es el capitalismo moderno, sino solamente una de las formas de la política del mismo; podemos y debemos luchar contra esa política, luchar contra el imperialismo, contra las anexiones, etc.

La respuesta parece bastante plausible, pero en realidad es una defensa más sutil y velada (y, por tanto, más peligrosa) de la conciliación con el imperialismo, pues una “lucha” contra la política de los trusts y de los bancos que no afecte a las bases de sus economías es mero reformismo y pacifismo burgueses, es la expresión benevolente de unos deseos inofensivos. Eludir las contradicciones existentes, olvidar las más importantes, en vez de ponerlas al descubierto en toda su profundidad: en esto consiste la teoría de Kautsky, que nada tiene que ver con el marxismo. ¡Naturalmente, tal “teoría” no tiene otro objetivo que defender la idea de la unidad con los Cunow!

“Desde el punto de vista puramente económico —escribe Kautsky—, no está descartado que el capitalismo pase todavía por una nueva fase: la aplicación de la política de los cárteles a la política exterior, la fase del ultraimperialismo”,⁸⁷ es decir, el superimperialismo, la unión de los imperialismos de todo el mundo, y no la lucha entre ellos, la fase del fin de las guerras bajo el capitalismo, la fase de la “explotación general del mundo por el capital financiero unido internacionalmente”.⁸⁸

Más adelante tendremos que abordar esta “teoría del ultraimperialismo”, para mostrar en detalle hasta qué punto es una ruptura completa y decisiva con el marxismo. Pero para seguir con el plan general de este trabajo debemos examinar los datos económicos precisos sobre otra cuestión: “Desde el punto de vista puramente económico”, ¿es posible el “ultraimperialismo” o es un ultradisparate?

Si por punto de vista puramente económico se entiende una “pura” abstracción, todo cuanto podemos decir es lo siguiente: el desarrollo conduce al monopolio; por tanto, va hacia un monopolio mundial único, hacia un trust mundial único. Esto es indiscutible, pero al mismo tiempo es una completa vacuidad, como si se dijese que “el desarrollo va” hacia la elaboración de los artículos alimenticios en los laboratorios. En este sentido, la “teoría” del ultraimperialismo es tan absurda como una teoría de la “ultraagricultura”.

Ahora bien, si hablamos de las condiciones “puramente económicas” de la época del capital financiero como una época históricamente concreta, iniciada en los albores del siglo XX, la mejor respuesta a las abstracciones muertas del “ultraimperialismo” (que sirven exclusivamente a un fin de lo más reaccionario: distraer la atención de los profundos antagonismos *existentes*) es contraponerles la realidad económica concreta de la moderna economía mundial. Las disquisiciones sin sentido de Kautsky sobre el ultraimperialismo estimulan, entre otras cosas, la idea profundamente errónea, que arrima el agua al molino de los apologistas del imperialismo, de que el dominio del capital financiero *amortigua* la desigualdad y las contradicciones de la economía mundial, cuando en realidad lo que hace es *acentuarlas*.

R. Calwer, en su opúsculo *Introducción a la economía mundial*⁸⁹, intentó resumir los principales datos puramente económicos que permiten obtener una panorámica concreta de las relaciones internas de la economía mundial a las puertas del siglo XX. Calwer divide el mundo en cinco “áreas económicas principales”: 1) Centroeuropa (toda Europa, a excepción de Rusia y Gran Bretaña); 2) Gran Bretaña; 3) Rusia; 4) Asia oriental, y 5) Norteamérica; incluye las colonias en el “área” de sus respectivos estados e “ignora” algunos países no asignados a ninguna área, como Persia, Afganistán y Arabia en Asia; Marruecos y Abisinia en África, etc.

Este es un breve resumen de los datos económicos de las áreas citadas, suministrados por dicho autor.

Principales regiones económicas del mundo	Superficie (en millones de kilómetros cuadrados)	Población (en millones)	Vías de comunicación		Comercio		Industria	
			Vías férreas (en miles de kilómetros)	Marina mercante (en millones de toneladas)	Exportación e importación (en miles de millones de marcos)	Extracción de carbón de piedra (en millones de toneladas)	Producción de hierro fundido (en millones de toneladas)	Número de husos de la industria textil algodonera (en millones)
Centroeuropa*	27,6 (23,6)	388 (146)	204	8	41	251	15	26
Británica*	28,9 (28,6)	398 (355)	140	11	25	249	9	51
Rusa	22	131	63	1	3	16	3	7
Asiático-oriental	12	389	8	1	2	8	0,02	2
Norteamericana	30	148	379	6	14	245	14	19

Vemos tres regiones con un capitalismo muy desarrollado (alto desarrollo de las vías de comunicación, el comercio y la industria): la centroeuropa, la británica y la norteamericana. Entre ellas están tres Estados que ejercen el dominio del mundo: Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos. La rivalidad imperialista y la lucha entre estos países se hallan extremadamente exacerbadas debido a que Alemania controla una región insignificante y pocas colonias; la creación de una “Europa Central” es todavía algo del futuro y se desarrolla a través de una lucha desesperada. De momento, el rasgo característico de toda Europa es la desunión política. En las áreas británica y norteamericana, por el contrario, la concentración política es muy alta, pero hay una gran desproporción entre la inmensidad de las colonias de la primera y la insignificancia de las de la segunda. Y en las colonias, el capitalismo sólo está empezando a desarrollarse. La lucha por Sudamérica se agudiza más y más.

* Las cifras entre paréntesis indican la extensión y población de las colonias. (N. del A.).

Hay dos áreas de débil desarrollo capitalista: Rusia y Asia oriental. En la primera, la densidad de población es muy baja; en la segunda es elevadísima; en la primera, la concentración política es alta; en la segunda no existe. El reparto de China sólo acaba de empezar, y la lucha entre Japón, Estados Unidos, etc. cobra cada vez más intensidad.

Compárese esta realidad —la gran diversidad de condiciones económicas y políticas, la enorme disparidad en el ritmo de desarrollo de los distintos países, la violenta lucha entre los Estados imperialistas— con el cuento para niños de Kautsky sobre el ultraimperialismo “pacífico”. ¿No es esto el intento reaccionario de un pequeño burgués asustado que quiere esconderse de la cruda realidad? ¿Es que los cárteles internacionales, en los que Kautsky ve los gérmenes del “ultraimperialismo” (del mismo modo que uno “puede” calificar la producción de tabletas en un laboratorio como ultraagricultura embrionaria), no son un ejemplo de la partición y de un *nuevo reparto* del mundo, la transición del reparto pacífico al no pacífico, y viceversa? ¿Es que el capital financiero estadounidense y el de otros países, que se repartieron pacíficamente el planeta con el concurso de Alemania, por ejemplo en el consorcio internacional del raíl o en el trust internacional de la marina mercante, no están ahora *redistribuyéndose* el mundo según la nueva correlación de fuerzas, que se está modificando por medios que *no tienen nada* de pacíficos?

El capital financiero y los trusts no disminuyen, sino que aumentan las diferencias en el ritmo de crecimiento de las distintas partes de la economía mundial. Y una vez que ha cambiado la correlación de fuerzas, ¿que otro medio hay, *bajo el capitalismo*, para resolver las contradicciones si no es la *fuerza*? Las estadísticas sobre las vías férreas^{OO 90} nos proporcionan datos extraordinariamente exactos sobre los diferentes ritmos de crecimiento del capitalismo y del capital financiero en la economía mundial. Durante las últimas décadas de desarrollo imperialista, la longitud de las líneas férreas ha cambiado como sigue:

Líneas férreas (en miles de kilómetros)

	1890	1913	Aumento
Europa	224	346	+ 122
EEUU	268	411	+ 143
Todas las colonias	82	210	+ 128
Estados independientes y semiindependientes de Asia y América	125	347	+ 222
	43	137	
Total.....	617	1.104	

El desarrollo del ferrocarril ha sido más veloz en las colonias y en los estados independientes (y semiindependientes) de Asia y América. Como es sabido, el capital financiero de los cuatro o cinco Estados capitalistas más grandes impera allí de un modo absoluto. Doseientos mil kilómetros de nuevas líneas férreas en las colonias y en otros países de Asia y América significan más de 40.000 millones de marcos de nuevas inversiones de capital en condiciones particularmente ventajosas, con garantías especiales de buenos dividendos, pedidos lucrativos para las fundiciones de acero, etc., etc.

^{OO} Por lo que se refiere a 1890, ha sido preciso determinar aproximadamente algunas pequeñas particularidades sobre la distribución de las vías férreas entre las colonias de los distintos países. (N. del A.)

El capitalismo crece con más rapidez en los países de ultramar y las colonias. *Nuevas* potencias imperialistas están emergiendo (Japón). La lucha entre los imperialismos mundiales se agudiza. Crece el tributo impuesto por el capital a las empresas coloniales y de ultramar, más rentables. En el reparto de este “botín”, una parte excepcionalmente grande va a parar a países que no siempre ocupan los primeros puestos en lo que a celeridad en el desarrollo de sus fuerzas productivas se refiere. En los países más grandes, incluidas sus colonias, la longitud total de las vías férreas era la siguiente:

(en miles de kilómetros)

	1890	1913	Aumento
Estados Unidos	268	413	145
Imperio británico	107	208	101
Rusia	32	78	46
Alemania	43	68	25
Francia	41	63	22
Total en las 5 potencias	491	830	339

Así pues, alrededor del 80% del total de las vías férreas están concentradas en las manos de las cinco potencias más grandes. Pero la concentración de la *propiedad* de dichas vías, la concentración del capital financiero, es todavía incomparablemente mayor, dado que, por ejemplo, los millonarios británicos y franceses poseen grandes cantidades de acciones y obligaciones de los ferrocarriles estadounidenses, rusos y de otros países.

Gracias a sus colonias, Gran Bretaña ha aumentado “su” red ferroviaria en 100.000 kilómetros, cuatro veces más que Alemania. Sin embargo, todo el mundo sabe que, en ese mismo período, el desarrollo de las fuerzas productivas alemanas, sobre todo de sus industrias hullera y siderúrgica, ha sido incomparablemente más rápido que el de las fuerzas productivas británicas, por no hablar ya de Francia o Rusia. En 1892, Alemania produjo 4,9 millones de toneladas de hierro fundido, frente a los 6,8 de Gran Bretaña, mientras que en 1912 ya alcanzaba las 17,6 frente a 9,0, es decir, una formidable superioridad sobre Gran Bretaña.⁹¹ Ante esto, cabe preguntarse: ¿qué otro medio que no sea la guerra puede haber *bajo el capitalismo* para eliminar las discrepancias existentes entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación de capital, por una parte, y el reparto de las colonias y de las “esferas de influencia” entre el capital financiero, por otra?